

Las elecciones en Venezuela en 1988 y 1989: del ejercicio del rito democrático a la protesta silenciosa

THAIS MAINGÓN y HEINZ R. SONNTAG *

1. INTRODUCCIÓN

DESDE el inicio de la década de los ochenta, América Latina y el Caribe experimentaron dos procesos que, siendo simultáneos, están entrelazados de una forma contradictoria y paradójica. Por un lado, la región continúa viviendo la peor crisis económica de su historia, desatada porque al agotamiento del “modelo de desarrollo” cepalino desde mediados de los setenta se unió el problema del endeudamiento externo (SELA, 1988). Esta crisis deja muy atrás la de los años treinta, especialmente por sus consecuencias nunca conocidas de deterioro y hasta degradación de las condiciones de vida de las grandes mayorías, de “desintegración” de las sociedades nacionales (Sunkel) y de una creciente incapacidad de las clases políticas para articularlas (y de articularse) en torno a un proyecto socioeconómico y sociopolítico, capaz de proporcionarles la posibilidad de un nuevo consenso.¹

Por otro lado, muchas sociedades de la región se redemocratizan, esto es, recuperan formas democráticas de convivencia política después de un período más o menos largo de regímenes autoritarios, abiertamente militares o no. Las pocas sociedades que habían logrado la sobrevivencia de tales formas durante los años setenta,² deben enfrentar grandes retos que

* Thais Maingón, sociólogo y maestro en Ciencias Sociales de la Educación (Stanford University, USA), Heinz R. Sonntag, sociólogo y doctor en Ciencia Social (Ruhr-Universität Bochum, República Federal de Alemania). Ambos son profesores-investigadores del Centro de Estudios de Desarrollo – CENDES – de la Universidad Central de Venezuela, habiendo sido el segundo su director entre 1983 y 1987. Aunque muchas de las ideas expuestas a continuación fueron discutidas con los demás integrantes del área de Desarrollo Sociopolítico de ese centro, la responsabilidad por las omisiones e interpretaciones equivocadas es, desde luego, enteramente nuestra. Agradecemos la colaboración del asistente de investigación Xavier Biardeau.

¹ Estamos conscientes que semejante consenso es siempre muy relativo: su viabilidad está vinculada al grado de conflictividad de una sociedad y los patrones institucionales o no, que tiene para “vivirla” (Lechner, 1986).

² No hablamos de “formas constitucionales”, ya que estamos conscientes de que especialmente los regímenes autoritarios las crean rápidamente. En ningún

aparecen en los discursos, tanto los oficiales como los "oficiosos" (del *establishment* de uno y otro lado), al igual que los que no son ni lo uno ni lo otro, como la "reforma del Estado" y la "democratización de la democracia".

En este contexto, hay que examinar los procesos electorales de la última década y sus resultados, porque en ambos tipos de sociedad existe la tendencia a ver en sus formas democráticas al mismo tiempo la razón de ser de su ordenamiento socioeconómico y *viceversa*. Tales procesos han adquirido, pues, una importancia que parece ir tendencial y crecientemente más allá de su carácter implícito. Constituyen una manera instituida de expresar la opinión de la gente que, en su gran mayoría, sufre directamente las falencias de los "modelos de desarrollo" (o de acumulación) y de sus crisis (en especial de la actual) y el impacto de las medidas supuestamente destinadas a superarlas (particularmente las del "ajuste" actual). Ciertamente están surgiendo otras formas de expresarse, pero no han logrado todavía la fuerza ni la organización ³ necesarias para sustituir o complementar las elecciones como mecanismos del funcionamiento democrático.

En todo caso y más allá de las consideraciones anteriores, las sociedades necesitan no solamente reproducirse, sino también (sobre todo si disponen de regímenes políticos formalmente democráticos) legitimar y garantizar un sistema de relaciones que permita que esta reproducción se sostenga con el tiempo.⁴ Por lo tanto, estas sociedades deben ser convincentes respecto al orden que sustentan y que las sustenta. Las elecciones, como práctica política, son uno de esos mecanismos por medio de los cuales, en su participación las sociedades se reconocen a sí mismas como autónomas y capaces de tomar decisiones en libertad, sobre quiénes serán sus gobernantes y bajo qué directrices serán gobernadas. Se realizan por definición entre opciones diversas, parecidas o contradictorias; son uno de los vehículos de legitimación más importantes, aunque sólo sea coyunturalmente, no únicamente del orden político, sino también del económico y social, por la identificación, ya insinuada, que implica el régimen democrático entre ambos órdenes en estos tiempos. Alrededor de ellas se teje el consenso social, se unifican las expectativas, se olvidan las frustraciones y se drenan

manual de derecho constitucional está escrito que las constituciones sean creación exclusiva de las democracias. Los autoritarismos de diferente estirpe suelen producirlas según sus conveniencias, o utilizar las existencias incluso tergiversándolas.

³ Un buen ejemplo lo constituyen las protestas masivas como el "caracazo" de febrero de 1989 en Venezuela y acontecimientos similares, anteriores, simultáneos y posteriores, en otros países de la región. En ellos se articula el malestar de una forma individualista y anárquica, de modo que la protesta no llega a cristalizar en nuevas formas de lucha democrática.

⁴ Podría argumentarse que incluso a los regímenes autoritarios les hace falta semejante sistema de relaciones, pero esta problemática no forma parte de este análisis.

las insatisfacciones. Si bien funcionan como válvula de escape de la sociedad respectiva, también resultan su mecanismo reproductor (Silva Michelena/Sonntag, 1979). Como se verá enseguida, esto es emblemáticamente cierto en el caso de Venezuela, el cual aparece, de 1958 en adelante, como una suerte de espejo en el que hubieran podido mirarse muchas de las demás sociedades de la región en los años ochenta y noventa.

En el presente artículo discutiremos las elecciones de 1988 en Venezuela, en las que resultara electo Carlos Andrés Pérez, candidato de Acción Democrática (AD),⁵ por segunda vez presidente de la república. Analizaremos la especial coyuntura que vivía en ese momento la sociedad, la campaña electoral con base en el estudio de los principales candidatos, de sus programas, de los temas tratados y de los resultados. Finalizaremos con un balance del proceso electoral y de lo sucedido a escasos días de la toma de posesión de Pérez, así como en las elecciones de 1989.⁶

2. LA COYUNTURA

Como es bien sabido, los procesos de modernización capitalista de Venezuela ocurrieron a una velocidad asombrosa. En tanto que otras sociedades de la región los iniciaron a comienzos del siglo xx, e incluso antes, aquí empezaron en la década de los cuarenta, aunque con algunos antecedentes (Sonntag/de la Cruz, 1981; Sonntag, 1984b). Fue entonces cuando los sectores medios, que surgieron en mayor número y con mayor rapidez a partir de la "petrolización" de la economía en los años veinte, impulsaron un proyecto sociopolítico de modernización, entendiendo por ella la combinación de democratización y transformación de las estructuras productivas. Pese a las resistencias de la burguesía (igualmente recién inaugurada como tal), que quería la modernización económica más a partir de estructuras de dominación autoritaria, lograron imponerlo en una lucha de un decenio y medio, que terminó en enero de 1958 con la caída de la (hasta ahora) última dictadura militar. El proceso posterior continuó siendo, en lo económico, la implantación del modelo de desarrollo modernizador, identificado con el ideario de la CEPAL y puesto en práctica a gran velocidad, en parte por la alta disponibilidad de divisas provenientes de la renta petro-

⁵ Hay una extensa literatura sobre este partido político, la cual lo ubica *cum grano salis* en las corrientes del "populismo" latinoamericano y caribeño de los últimos setenta años, aproximadamente. Nos limitamos a recordar la obra de Rómulo Betancourt (1969), que es, al mismo tiempo, análisis histórico de su desarrollo y justificación de sus propuestas políticas, ejecutadas o no.

⁶ Estas fueron realizadas a raíz de reformas del Estado venezolano, impulsadas por la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE), y permitieron, por primera vez en la historia republicana, la elección directa de los gobernadores de los estados federales y de los alcaldes de los municipios. Volveremos más adelante sobre la COPRE, cuyas labores formaron parte del propio proceso electoral.

lera. En lo político, la modernización democrática se fundamentó en lo que se ha llamado "el pacto tácito" (Carvallo/Ríos de Hernández, 1981; Sonntag, 1984b), es decir, la formalización de un "bloque en el poder" (Poulantzas) que incluía a todas las fuerzas sociales relevantes y sus organizaciones.⁷ Este pacto abarcaba en su contenido, el modelo de desarrollo y las formas de convivencia política; el modo de distribuir la renta petrolera y los mecanismos de solución de los conflictos.

La magnitud de esta renta se especifica, a título de ilustración, en el cuadro 1.

CUADRO 1

INGRESO PETROLERO DE VENEZUELA DURANTE LA DEMOCRACIA (en dólares y bolívares - 1959 a 1988)

| <i>Periodo constitucional</i> | <i>(Mill. de dólares) Ingresos de X</i> | <i>(Mill. de bolívares) Ingresos fiscales</i> |
|-------------------------------|---|---|
| 1959-1964 | 11 965 | 32 172 |
| 1964-1969 | 12 447 | 40 374 |
| 1969-1973 | 16 274 | 61 030 |
| 1974-1979 | 48 451 | 228 786 |
| 1979-1984 | 85 174 | 383 284 |
| 1984-1989 | 60 547 | 694 883 |
| Total: | 234 858 | 1 440 529 |

FUENTE: Diario *El Universal*, 26 de marzo de 1989, p. 2-1.

En ese decenio y medio ocurrieron prácticamente todos los cambios sociales que en otras sociedades de la región habían durado, cada uno, entre 30 y 40 años como mínimo. Este hecho y el funcionamiento cuasi perfecto del pacto hicieron que amplios sectores, grupos y clases compartieran cada vez más una "euforia del desarrollo" que, si bien estuvo presente en otros países, nunca llegó a ser tan extraordinaria y enraizada como en nuestro caso. A ello contribuyó, desde luego, la capacidad del Estado

⁷ Lo "tácito" del pacto se hizo dos veces abierto: en el "Pacto de Punto Fijo" entre los principales partidos y otras fuerzas (militares, Iglesia, organización del capital, etcétera) en torno al respeto de las elecciones presidenciales de diciembre de 1958 y la forma de gobierno posterior, y en el "Advenimiento obrero-patronal" de 1959, una suerte de tregua en las relaciones entre el capital y el trabajo. En adelante, funcionaron numerosos mecanismos de entendimiento y "concertación" bajo distintas denominaciones.

de “congelar” las crisis coyunturales (económicas, políticas y de ambos signos) mediante el uso pactado de sus ingresos rentísticos provenientes de la exportación petrolera, hasta tal punto que muchas veces no se percibieron como tales. A la estabilidad política parecía corresponder una estabilidad económica (“la bonanza”), expresada en altas tasas de crecimiento, el mantenimiento del valor de la moneda nacional, una inflación ínfima, etcétera. El consenso así establecido “borraba” las enormes diferencias y desigualdades sociales, y el capitalismo subdesarrollado petrolero lograba una exitosa reproducción mediante las relaciones sociopolíticas inherentes a la democracia como forma de régimen del Estado.⁸ Las elecciones constituyeron, más que en otros países, un vehículo importante de la legitimación del ordenamiento social global, dada la imbricación —inducida e internalizada— de modelo económico y democracia representativa. Fueron, por ende, un rito en el sentido auténtico de la palabra: una ceremonia de reafirmación de la creencia en un sistema de normas y valores⁹ que se fundamentaba en el consenso, metáfora tan comentada hoy en las “democracias de la crisis”.

La transformación tan veloz (y violenta) en lo económico, social y político hacía presumir que la irrupción de una crisis seria y severa amenazaría las formas democráticas tan rápidamente como habían sido creadas con la modernización. En efecto, las investigaciones realizadas en los años sesenta sobre el cambio político en Venezuela, partían de esta hipótesis y señalaban lo frágil y resbaladizo del piso simbólico y valorativo sobre el que se había construido la democracia (Silva Michelena, 1971). Sin embargo, cuando se hicieron cada vez más evidentes, los síntomas de una crisis estructural,¹⁰ a finales de 1973 vino la triplicación del precio de exportación del petróleo y engendró, al menos en apariencia, las condiciones para la continuación del modelo, aun cuando ello ocurrió con un mayor énfasis en el rol desempeñado por el Estado (Sonntag, 1984a). A fines del primer período presidencial de Carlos Andrés Pérez y sobre todo a comienzos de la administración de su sucesor socialcristiano Luis Herrera Campins, se presentó una situación crítica similar.

Pero esta segunda vez, el aumento de la renta fue muy transitorio. La capacidad del Estado para amortiguar los conflictos tendió a reducirse entonces, situación agravada por una política económica del gobierno de

⁸ No creemos necesario, a estas alturas, argumentar que *objetivamente* la democracia venezolana tampoco cumplía su promesa de reconciliar las condiciones de libertad con las de igualdad de sus ciudadanos.

⁹ La ilustración más significativa de lo dicho se dio al comienzo de la democracia. Durante la última fase de la lucha guerrillera de la izquierda contra el ordenamiento social en vías de consolidación, en 1963, los partidos que la sostuvieron llamaron a la abstención electoral. Ésta, sin embargo, fue más baja que en cualquier otro proceso, tanto anterior como posterior.

¹⁰ Por tal entendemos la pérdida de dinamismo, o sea, el agotamiento del modelo de desarrollo, paulatina primero y rápida después.

COPEI¹¹ sin rumbo ni destino claros. Se presentaron los primeros desequilibrios en lo económico, especialmente en la balanza de pagos, en las tasas de crecimiento y en la inflación. Allí empezó a percibirse, por parte de amplios sectores de la sociedad, una incertidumbre que en forma creciente sustituyó la euforia del desarrollo.

El momento simbólico a partir del cual la crisis estructural se puso en evidencia inequívoca, para todos conocido como "el viernes negro", es el 18 de febrero de 1983. En esta fecha se combinaron la baja en los precios del petróleo de exportación, el aumento drástico de las tasas de interés de la deuda externa y la devaluación no menos fuerte de la moneda, con las deficiencias ya señaladas y que siempre estuvieron presentes, latentes algunas, ocultas otras, tras la bonanza económica que imperaba en el país. Ésta resultaba ser, ahora también en la percepción de los ciudadanos y hasta en los discursos de políticos y otros apologistas, producto casi exclusivo de los continuos aumentos en el precio del petróleo.

El más traumático entre los cambios fue la inflación acelerada, así como la pérdida del valor internacional del signo monetario. Si se comparaban estas tasas de inflación con las de muchos otros países de la región no eran tan altas, pero la experiencia inflacionaria no formaba parte de la vida cotidiana de los venezolanos, de modo que su incidencia en el crecimiento de la incertidumbre fue particularmente significativa. Agréguese a ello las prácticas especulativas y de acaparamiento generalizado de productos, no solamente los de primera necesidad, y el deterioro progresivo y rápido de los niveles y condiciones materiales de vida de los sectores medios y bajos, lo que trajo como consecuencia el aumento de la pobreza, de la informalidad como modo de trabajo, de la inseguridad y de la delincuencia. Se esfumó definitivamente la euforia del desarrollo, se generalizó la frustración y se rompieron por lo tanto las expectativas de mejoramiento económico de los sectores medios y bajos. Por último, se hicieron cada vez más visibles las desigualdades sociales, debido, en parte, a su incapacidad para seguir manteniendo sus patrones de consumo y, en parte, como resultado del enriquecimiento obsceno de algunos grupos minoritarios con base en la especulación cambiaria, los sobreprecios de determinados bienes de consumo masivo, el lavado de dólares y la corrupción administrativa. Así, se aprecia por qué, en semejantes circunstancias, el pacto tácito mostró no solamente fisuras sino serios indicios de resquebrajamiento.

Bajo el gobierno de AD de Jaime Lusinchi (1983-1988), se trató por todos los medios de retrasar una decisión respecto de la reordenación del aparato productivo, de su nueva inserción en la economía mundial y de las reformas sociales implícitas en ambos procesos. No adoptarla acarrea-

¹¹ Estas son las siglas históricas del partido socialcristiano en Venezuela. Significan "Comité organizativo para elecciones independientes" y hacen referencia a su nacimiento en el contexto de la primera Asamblea Constituyente moderna de 1946 (Sonntag, 1984b).

ría indicadores de popularidad del presidente, que, si bien manipulados y artificialmente aumentados, no carecían del todo de veracidad por los temores que despertaban los cambios y la situación de incertidumbre, una vez agotada la euforia del desarrollo. No obstante, existía, al menos al comienzo del período constitucional, la conciencia de la necesidad de tales cambios: Luisinchi propuso a la sociedad un “nuevo pacto social” y creó la COPRE.

Esta generó, pese a las resistencias de los altos jefes del partido de gobierno y pronto del propio presidente, un ambiente de reformas políticas que se vislumbraban como respuestas a las demandas efectivas de la sociedad civil. Aunque muchas de las propuestas no se concretaron en el período, la reforma del Estado, por su presencia en la opinión pública, se convirtió en tema de debate electoral casi obligado de todos los candidatos y partidos políticos participantes en las elecciones. Otro hecho que marcó diferencia entre este proceso electoral y los anteriores fue que uno de los candidatos a la presidencia de la república ya había sido presidente. Se trató del candidato de AD.

En conclusión, la coyuntura electoral se dio en circunstancias que pueden ilustrarse con algunas cifras. Las reservas internacionales cayeron de 15 700 millones de dólares en 1985 a 6 584 millones en 1988; la inflación fue del orden del 30%; la pobreza general alcanzó al 79% de las familias, de las cuales, el 43% estaba en situación de pobreza crítica; por último, se calculó que un 32% de la población económicamente activa pertenecía al sector informal (I. Purroy, 1988 y diario *El Nacional*, 17-06-89, p. A-4).

3. LA CAMPAÑA ELECTORAL

La duración oficial de la campaña electoral, es decir, la estipulada por el Consejo Supremo Electoral (CSE),¹² es de ocho meses, lapso que fue recortado “por la crisis” a siete. Pero en ésta como en todas las elecciones anteriores, la percepción generalizada es que la campaña se inicia apenas se conocen los resultados de las elecciones anteriores. El proceso que culminó en diciembre de 1988, se inició con las luchas internas en los dos principales partidos por la selección de sus respectivos candidatos presidenciales; por lo demás, las pugnas habían estado latentes desde los tiempos del gobierno de Herrera Campins, en COPEI, y desde el comienzo del gobierno de Luisinchi, en AD, pero estallaron abiertamente bastante más de

¹² Se trata de un organismo compuesto por representantes de los partidos en el Congreso de la República (en la Cámara de Diputados y el Senado) y es presidido tradicionalmente por un independiente nombrado de común acuerdo. Le incumben la organización, la realización y el escrutinio de las elecciones, así como el reconocimiento legal de los partidos y movimientos y la distribución de los fondos que da el Estado a los partidos que logran un diputado más.

un año antes de declarar iniciada oficialmente la campaña electoral en mayo de 1989.

Muchas veces, las características del proceso de selección de los candidatos se constituyen en un indicador importante de la lucha electoral e influyen positiva o negativamente en la imagen que posteriormente va a proyectar el candidato, e incluso en la propia campaña. Por otro lado, dicho proceso expresa casi siempre las tensiones internas de los partidos políticos. Ambas condiciones fueron especialmente ciertas en las elecciones de 1988, hasta tal punto que tanto AD como COPEI proyectaban la imagen de que se iban a dividir sobre la cuestión de las candidaturas y que las respectivas campañas estuvieron profundamente marcadas por la selección y sus resultados.

Obtener las candidaturas presidenciales no fue nada fácil, ni para Pérez en AD ni para Eduardo Fernández en COPEI.

El liderazgo que conservaba Pérez en el país y en su partido, en su doble condición de expresidente (y por ende senador vitalicio) y líder histórico, no fue garantía alguna de su reconocimiento como el único candidato posible para la totalidad de la dirigencia. Su candidatura tuvo más bien varios obstáculos. En primer lugar, el presidente Lusinchi se había pronunciado (y utilizó para ello su influencia y parte del aparato gubernamental) contra Pérez, postulando a Octavio Lepage, quien había sido varias veces ministro de Relaciones Interiores (incluso en su primer período). Se ganó para ello el apoyo de la "ortodoxia de AD", tradicionalmente enfrentada a la reelección, y logró manipular las elecciones de las autoridades partidistas para conformarlas mayoritariamente de acuerdo con "su" sector. Segundo, se manejaba la tesis de que el proyecto económico puesto en práctica en su período presidencial (1974-1979) había ocasionado grandes desequilibrios económicos y peligrosas tensiones alrededor del pacto tácito, además de que se le atribuía la responsabilidad de la victoria de Luis Herrera Campins y COPEI en las elecciones de 1978. Tercero, tuvo que hacer frente a las continuas acusaciones de corrupción administrativa, provenientes no solamente de COPEI y de otros partidos de la oposición, sino también de varios líderes de AD, hasta tal punto que la comisión de ética de este partido lo responsabilizó de uno de los actos de corrupción más sonados.¹³ (Sonntag, 1989).

A pesar de todo ello, Pérez, apoyado por el buró sindical de AD, ganó la elección interna de su partido¹⁴ y la candidatura. De todas maneras, la

¹³ Se trataba de la compra de un barco frigorífico con un sobreprecio de 20 millones de dólares. Después de largas investigaciones por parte de una comisión especial, el Congreso en pleno aprobó (por un escaso margen) la absolución de Pérez.

¹⁴ Según una fuente fidedigna que no podemos citar según las costumbres científicas por razones obvias, la diferencia de Pérez frente a Lepage fue tan grande que los propios "perecistas" tuvieron que "corregir" los resultados y atribuirle al "candidato del presidente" más votos de los que en verdad había obtenido.

lucha por esta última había sido tan cruel y violenta¹⁵ y había creado tales heridas que, a la postre, obstaculizarían una férrea lucha unitaria del partido por la victoria de Pérez.¹⁶

Para COPEI, la selección del candidato fue también altamente traumática. Eduardo Fernández, su secretario general, se presentó como el pretendiente, opuesto no solamente al fundador y mayor líder del partido, Rafael Caldera, cuyo "delfín" había sido durante mucho tiempo y a quien tuvo que someter a la amargura de una derrota de más o menos 70 a 30% en la elección interna, sino también enfrentado a la gestión del gobierno de su compañero de partido Herrera Campins. Responsabilizó a la administración de éste, junto con los gobiernos de AD y especialmente el de Pérez, de la crisis que vivía el país.¹⁷ Una vez iniciada la campaña electoral, COPEI se presentó como un partido agrietado y débil y con una parte no tan pequeña de su militancia decidida a no participar.¹⁸ Al mismo tiempo, Herrera Campins se vio en la necesidad de defender su obra de gobierno, con lo cual recordó no solamente el inicio "real" del deterioro de la calidad de vida y el comienzo de la experiencia de la inflación (el viernes negro), sino que también obligó a los electores a refrescar su memoria en torno a que el suyo había sido uno de los gobiernos más medianos de la vida republicana del país. El ataque de Fernández al "herre-rismo" contribuyó pues a debilitar aún más la imagen del partido.

Los estrategias de la campaña de Pérez lo presentaron ante la nación como "El presidente". Con ello invocaban su condición de "estadista", reconocido internacional¹⁹ y nacionalmente, su experiencia en el manejo

¹⁵ Estos adjetivos no constituyen solamente una metáfora: ocurrieron numerosos de esos hechos que los periodistas de la prensa amarillista suelen llamar "de sangre", y hubo hasta muertos por disparos con armas de fuego en los alrededores de los respectivos cuarteles regionales de campaña de los dos precandidatos.

¹⁶ Que nos perdone el lector la acumulación de tres referencias en un solo párrafo, mas no podemos dejar de mencionar que no faltaron en AD quienes, invocando la memoria de Rómulo Betancourt más allá de su antireeleccionismo, recordaban que, para él, la "alternabilidad" de los dos grandes partidos en el gobierno sería altamente deseable, razón por la cual después de Lusinchí debería elegirse a un miembro de COPEI para la presidencia.

¹⁷ Valga recordar el célebre episodio de una cuña televisiva encargada por Fernández y su comando de campaña, en la que se acusó directamente a Herrera Campins. La reacción de éste fue airada, llamando la atención del candidato sobre el hecho de que había sido él, en su condición de secretario general del partido, quien había promovido la "solidaridad inteligente" con su gobierno.

¹⁸ Se trataba del sector más vinculado al ex-presidente Caldera, quien se había declarado, después de su derrota en la lucha por la candidatura, "en reserva". El hecho de que algunos de sus seguidores incluso llegaron a constituir un partido político (sin ninguna repercusión en los resultados posteriores) pertenece más bien al folklore de la política venezolana.

¹⁹ Pérez había tenido, durante los dos períodos constitucionales que debió esperar, una nueva oportunidad para ser candidato, una destacada actuación en la Internacional Socialista (como uno de sus vicepresidentes) y en la Comisión Sur,

del Estado y su supuesta capacidad para resolver los problemas del país, tal y como lo habría hecho en su primer gobierno. Era una imagen que irradiaba confianza y apoyo popular y que evocaba, no muy sutilmente, el recuerdo de la bonanza de su primera administración. Además, heredó la evaluación generalmente positiva que la opinión pública hizo del gobierno de Lusinchi.²⁰

Sin embargo, no todo lo que brillaba era oro. Pérez tuvo que superar algunos obstáculos graves relacionados con la administración existente. El primero era el referente a las reiteradas acusaciones de corrupción en el otorgamiento de dólares preferenciales por RECADI (Oficina del Régimen de Cambio Diferencial)²¹ para financiar las importaciones. Otra de las críticas aludía al manejo de las negociaciones de la deuda externa. En ambos casos, el comando de campaña de Pérez tuvo que hacer no pocos malabarismos para lograr que su candidatura se identificara con el gobierno pero no lo suficiente como para perjudicarlo.

Mención especial merecen los sucesos de El Amparo. En esta pequeña población en la frontera con Colombia, el 29 de octubre, un mes antes de finalizar la campaña electoral, 14 pescadores venezolanos fueron masacrados por un comando especial de los cuerpos de seguridad del Estado. La versión oficial, dada por el comandante de la región militar, fue que eran "guerrilleros colombianos". Lusinchi protegió a los perpetradores de la masacre avalando la versión oficial de "legítima defensa", cuando los muertos no portaban armas y sólo se les encontraron los utensilios para hacer un sancocho de pescado. Las embarcaciones utilizadas por los pescadores tenían propaganda electoral de AD. De esta masacre quedaron dos sobrevivientes a quienes la justicia militar dictó auto de detención. Estos hechos causaron estupor en la opinión pública, y en adelante Pérez debió dedicar parte de sus discursos a la promesa de una vez electo aclarar el asunto.

Otro factor negativo de la campaña de Pérez fue la polémica alrededor de Blanca Ibáñez, desatada por un importante dirigente de AD, Luis Piñerúa Ordaz, candidato a la presidencia en 1978, además del divorcio del presidente Lusinchi. Existía un sentimiento generalizado, incluso dentro de las filas de AD, de que Blanca Ibáñez, la querida y "secretaria priva-

así como uno de los políticos del tercer mundo que más atacaban al Fondo Monetario Internacional (FMI) y las injusticias del "orden" mundial reinante.

²⁰ Los sondeos de opinión le otorgaban en los meses finales de la campaña un 65% que consideraba "muy buena", "buena" y "regular" su actuación. Dicho sea de paso, la suma de estas tres categorías constituía de por sí una manipulación de las encuestas (como insinuáramos arriba), entre otras cosas porque borrarón la diferenciación ("muy bueno", "bueno" y "regular") que suele respetarse.

²¹ Este organismo, dependiente del Ministerio de Hacienda, había sido creado inmediatamente después de la devaluación del signo monetario en 1983, para poder manejar los diferentes tipos de cambio existentes (entre ellos varios dólares preferenciales). Durante el gobierno de Lusinchi, sin embargo, adquirió mayor relieve por el aumento en el volumen de las importaciones y la unificación de los tipos de cambio (dólar libre y dólar preferencial).

da" del presidente era quien gobernaba al país. Lusinchi y su sector, al querer incluirla como candidata a diputada, se enfrentaron a la oposición de Piñerúa y un grupo representativo de AD, ocasionando un estallido dentro del partido, cargado de gran agresividad y ataques personales. El resultado de ello fue que tanto Blanca Ibáñez como Piñerúa quedaron excluidos de las boletas.

Carlos Andrés Pérez se presentó como el candidato de AD contra las preferencias de Lusinchi y con el apoyo de las bases de su partido. "De este modo pudo encarnar simultáneamente la voluntad de cambio y la voluntad de continuidad de la población, apoyándose tanto en los aspectos positivos que se le atribuían al gobierno de Lusinchi como en la crítica al mismo, pero sin necesidad de adoptar fuertes posturas opositoras contra un gobierno que hasta el último momento gozó de gran popularidad" (Kornblith, 1989, p. 32).

Valga recordar lo que constatáramos antes. El partido, por las divisiones que había generado la lucha por la candidatura, dejó de funcionar en considerable medida como la "máquina electoral" que había sido en los procesos anteriores. El comando de campaña de Pérez acusó en repetidas oportunidades a funcionarios regionales y locales de AD de "negligencia" en el trabajo organizativo, y la supuesta ventaja de contar con un gobierno del mismo color se convirtió más bien en un nuevo obstáculo por la enemistad con el presidente.

COPEI presentó a Eduardo Fernández como "El tigre". Con ello se buscaba crearle una imagen de un hombre fuerte, rápido y sagaz. La candidatura, incluyendo la "marca" bajo la cual se quiso vender, expresó desde un principio fallas en el comando electoral y la falta de unidad interna del partido. El resultado fue una campaña incoherente, en la cual no se identificó claramente el mensaje que se quería transmitir, porque la "marca" por sí sola, obviamente fue insuficiente. En consecuencia, el mensaje no sólo fue confuso sino contradictorio, sobre todo en comparación con el de Pérez. A veces el discurso era de corte populista, otras de corte neoliberal. Pero —ya lo dijimos— lo más difícil que tuvo que enfrentar el candidato de COPEI fue intentar diferenciarse de la gestión del gobierno de Herrera Campins, su compañero de partido.

El resto de los partidos políticos, los cuales se presentaron con COPEI pero sin pacto alguno con éste, al igual que la oposición, entraron a la campaña con desventajas, principalmente de orden financiero; sus discursos fueron fraccionados y no lograron expresar un mensaje claro ni una posición alternativa. Ello fue particularmente sorprendente en el caso del Movimiento al socialismo (MAS), cuyo discurso giró más en torno al diagnóstico de la crisis que en torno a propuestas concretas de políticas diferentes a las expresadas por AD y COPEI.

En general, la campaña electoral de 1988 continuó la tendencia que ha venido manifestándose en los últimos procesos electorales: un gran

despliegue publicitario y propagandístico, uso y abuso de la presentación de encuestas de opinión; enfrentamientos y luchas descarnadas entre los diferentes grupos políticos y candidatos, y un financiamiento muy elevado (Sonntag, 1989). La función de convertirse en verdaderos "tractores" y hacer uso de toda su maquinaria sólo la lograron, como antes, los dos grandes partidos, AD y COPEI, aunque a medias debido a las dificultades internas y subsecuentes limitaciones de cada uno que ya hemos apuntado.

El alto costo de las campañas fue contradictorio con la situación de crisis económica en la que se encontraba el país. Los propios candidatos presentaron en sus discursos la situación de crisis y subrayaron la necesidad de "austeridad", prometiendo reducir drásticamente el déficit fiscal. Sin embargo, el Estado, a través del CSE, erogó para la campaña electoral un total de 220 millones de bolívares: 180 millones se repartieron entre AD, COPEI y el MAS, los tres partidos que habían obtenido la mayor cantidad de votos en las elecciones anteriores, resultando, los dos primeros, particularmente beneficiados. Los 40 millones restantes se distribuyeron entre los partidos políticos que obtuvieron más del uno por ciento de los sufragios.

Una de las estimaciones más serias sobre el costo total de la campaña apuntó que en estas elecciones se gastó un total de 6 mil millones de bolívares,²² de los cuales las cuatro quintas partes correspondieron a AD y COPEI. La estimación oficial por parte del CSE señaló que se gastaron 433 millones 744 mil bolívares. Si este último cálculo fuera realista, cada voto hubiera tenido un costo de aproximadamente 44 bolívares, lo cual implicaría un aumento con respecto a las elecciones de 1978 del 147.38% (en 1978 el voto costó 16 bolívares, en 1937, 27 bolívares) (*El Nacional*, 8-11-88, p. D-6).²³ Pero si nos basamos en nuestro cálculo del costo de un voto en la primera estimación, definitivamente más realista, cada voto habría costado aproximadamente 600 bolívares.

El sentimiento general del electorado fue de apatía, desengaño y desinterés hacia la campaña e incluso hacia el acto de votar. De las 650 mil personas estimadas que votarían por primera vez, a tres semanas del cierre del proceso de inscripción electoral, sólo se habían inscrito 90 000. Ello motivó que un porcentaje considerable de los mensajes electorales, aparte de los institucionales del CSE, fuese dirigido, por un lado, a "convencer" de la necesidad de participar en las elecciones como único mecanismo para decidir quiénes serían nuestros representantes, y por el otro, a explicitar la

²² En los albores de las elecciones, el bolívar se cotizaba a una tasa de cambio de 48.00, aproximadamente, con respecto al dólar.

²³ Dicho aumento no sería exagerado en dólares, ya que en 1978 la tasa de cambio fue 4.30 bolívares por dólar. Sin embargo, en febrero de 1983 a la devaluación del signo monetario respecto de las monedas "fuertes" no había correspondido, ni lejanamente, una pérdida cuantitativamente comparable de su poder adquisitivo interno. Con inflación y todo, esta pérdida no llegó a porcentajes como los señalados para el aumento del costo de cada voto.

importancia que tiene el voto para la continuidad de la democracia y para lograr su profundización.

En estos comicios participó el mayor número de candidatos presidenciales, así como de partidos políticos y grupos electorales. Hubo un total de 23 candidatos a la presidencia de la república (once más que en las elecciones anteriores) y 34 entre partidos políticos y grupos electorales que postularon candidatos al Congreso y las Cámaras Legislativas de los estados (sin contar los grupos electorales y partidos políticos regionales que sumaron aproximadamente 32 más). Entre los candidatos presidenciales habían un expresidente, un exrector de la Universidad Central de Venezuela, una mujer, espiritistas, un expresidente del Banco Central, militares retirados, evangelistas, representantes del último dictador militar y líderes sindicales. Tanto la diversidad como la cantidad de candidatos y de partidos y grupos electorales expresaron, por una parte, la tendencial disgregación del poder y la falta de identificación de una cantidad apreciable de ciudadanos con los partidos tradicionales y sus candidatos, al menos durante el proceso electoral. Por la otra, ante el descontento y la falta de credibilidad de los principales partidos, la sociedad civil intentaba organizarse, exponer y debatir ante el país lo que consideraba sus mayores problemas, aprovechando la mejor oportunidad que le brinda el sistema político: el período de elecciones. En breve, aquí se mostraron, embrionariamente y (¿todavía?) sin perspectivas de éxito, las nuevas formas de prácticas colectivas para la democracia, mencionadas antes.

Ello resulta más obvio aun si tomamos en cuenta que para la mayoría de estos pequeños grupos de electores, el tema central de sus campañas fue el ataque y la crítica hacia AD y COPEI, expresando así el descontento, diríase que generalizado, con la forma en que han gobernado al país en estos últimos 30 años y responsabilizándolos por la corrupción administrativa y la situación actual por la que atraviesa el país. Estos grupos de electores insistieron en el voto legislativo más que en el presidencial, a diferencia de los dos grandes partidos que favorecieron al segundo. Ante un sistema político en crisis, estas minorías partidistas lucharon por organizarse para no desaparecer y por crear su propio espacio de existencia, meta que muchas veces no se logró debido a la extrema dificultad para transmitir un mensaje alternativo, además de la falta de recursos económicos. Los resultados electorales no les dieron sino a unos pocos el 1% de los votos, razón por la cual muchos de ellos desaparecieron legalmente de la escena política.

En todos los procesos electorales de la Venezuela moderna, a escasos días de dar por terminada la campaña electoral, los diferentes candidatos presentaban al país de manera impresa sus programas de gobierno. Esta práctica forma parte del rito porque éstos, si bien no significan de manera alguna un compromiso para su cumplimiento por parte del candidato y el partido y no sirven para definir en la mayoría de los electores

la decisión entre un candidato u otro, constituyen, en diferentes versiones, la reiteración del sistema valorativo y simbólico que hay que reafirmar. En estos programas se condensan las estrategias de solución a los problemas identificados en el diagnóstico que cada partido hace de la situación del país. Son la repetición de lo que, de una manera general y específica, dependiendo de la audiencia, los candidatos han venido exponiendo a lo largo de la campaña. Los temas tratados por todos los candidatos van desde ofrecimientos de vivienda, trabajo, empleo, mejoramiento de los servicios públicos de salud, transporte colectivo, agua y electricidad y creación de escuelas, entre otros, hasta temas específicos, como fueron en este proceso, los problemas fronterizos, especialmente con Colombia y en lo referente al Golfo de Venezuela, la política de compra de armas, la deuda y los modos de refinanciamiento, la política cambiaria y monetaria, el gasto fiscal, el déficit y la inflación. Podría decirse que en esta ocasión, todos los programas tenían más elementos "tecnocráticos" que en los procesos anteriores.

Como suele ocurrir, algunos candidatos le dieron peso prioritario a determinados temas en sus respectivos discursos y programas de gobierno. El candidato del MAS (Teodoro Petkoff) destacó el problema de la "democratización de la democracia", basándose, en gran medida, en las propuestas de la COPRE. Tanto el candidato de La Causa R (Andrés Velásquez, líder sindical de la región sureste del país, Guayana) como el de la Nueva Generación Democrática (Vladimir Gessen) atacaron en sus discursos electorales y programáticos la corrupción administrativa, si bien desde ángulos diferentes; para la candidata de la Unión Republicana Democrática (URD),²⁴ Ismenia de Villalba, el tema privilegiado fue la reivindicación de la mujer y la lucha por la igualdad de trato en el trabajo.

Bajo las consignas de "Mi acción de gobierno para una Venezuela moderna" de Pérez y "Mi plataforma para el cambio" de Fernández, los candidatos de AD y COPEI, respectivamente, presentaron al país lo que serían sus líneas programáticas en materia social y económica. Las posiciones de ambos candidatos fueron bastante cercanas, suponemos que esta se debió a que, en la situación actual, el margen de maniobra para el nuevo gobierno en términos de política socioeconómica sería bastante reducido, lo que obligatoriamente conduciría al país hacia las políticas de "ajuste" promovidas por el FMI. Sin embargo, hay pequeñas diferencias en cuanto a la concepción del Estado y su papel en el modelo de desarrollo de los próximos años.

En términos generales, no solamente el contenido de los programas fue

²⁴ Este partido fue fundado por Jovito Villalba, un veterano político de la "Generación del 28", quien, junto con Betancourt y Caldera, es uno de los artífices del pacto tácito. La postulación de su esposa como candidata fue un intento, a la postre fracasado, por recuperar el espacio de URD. Villalba murió al poco tiempo de concluir el proceso electoral.

similar, sino también su redacción, lo cual concuerda con el carácter ritual del proceso electoral.²⁵ En los dos programas subyace la idea de desarrollar una economía mixta y promover la competencia y el mercado. Las reglas básicas para el funcionamiento de lo anterior las establece y sustenta el Estado. En ambos casos, se propone hacer del Estado un ente moderno y eficiente, que reduzca su intervención en la economía y promueva una "economía de mercado", aunque controlando sus avances. Por otro lado, en lo relativo a la modernización de las diferentes instancias gubernamentales y de los tres poderes, predomina la racionalidad técnica sobre la política.²⁶ La solución para tener un Estado eficiente, al parecer se alcanzaría "informatizando" las diferentes prácticas. Para Fernández y COPEI, el Estado en el modelo económico de "la democracia nueva será un Estado fuerte para enfrentar las distorsiones del mercado y asegurar la justa competencia; eficiente para manejar sus recursos como instrumento de distribución social de la renta atendiendo a los grupos más necesitados, a través de políticas de transferencia directa y coherente en la definición de las políticas macro-económicas... para garantizar la instauración de un proceso de desarrollo integral, enmarcado dentro de la justicia y la solidaridad." Para Pérez y AD, el nuevo rol del Estado tendría "una mayor orientación estratégica en la promoción de mecanismos de mercado, eficiencia y productividad económico-social en la producción de bienes y servicios básicos, uso más intensivo y eficaz de los instrumentos de redistribución de la riqueza y el ingreso".

Respecto a las diferencias, el programa de COPEI siguió más de cerca las propuestas elaboradas por la COPRE, y fue menos tímido que AD en cuanto a la formulación de propuestas relativas a la descentralización administrativa y a la desconcentración de los poderes locales. Por el contrario, AD fue mucho más medido y cuidadoso con respecto a este tipo de propuestas (Gómez/López, 1989). El discurso de AD fue más específico, menos extenso y menos personalizado que el de COPEI. Podemos concluir que los dos candidatos propusieron un Estado más fácil de manejar y de controlar, a la vez eficiente y eficaz para llevar adelante el proyecto dominante caracterizado por privilegiar la privatización y el cumplimiento del "servicio de la deuda". En ambos programas se encuentran elementos identificados con las corrientes neoliberales, pese a que Pérez rechazó rotundamente tal rótulo, lo que le mereció un furioso ataque de la organización

²⁵ El primer programa de gobierno en salir fue el de Eduardo Fernández quien, en consecuencia, acusó a Pérez de habérselo copiado.

²⁶ Alguna vez se ha sostenido que el relativo éxito de la democracia venezolana se ha debido, en buena parte, a una combinación adecuada de las racionalidades burocrática, política y tecno-económica en el interior del Estado (Sonntag, 1984a). Los programas presentados por Pérez y Fernández (y la acción de gobierno del primero hasta la fecha) sugieren la pregunta de si actualmente importantes sectores de la sociedad venezolana no han puesto en tela de juicio esta combinación.

más poderosa del capital y de los seguidores intelectuales locales de V. Hayek, los Friedman y otros.

Pero lo anterior apenas fue expresado por los dos candidatos en los discursos orales de sus respectivas campañas. Ambos fueron menos claros y elocuentes y más bien cuidadosos en cuanto a la divulgación del contenido de sus programas. Se diferenciaron a este nivel hasta el punto de presentar antagonismos y distinguir a uno como opuesto al otro, aun cuando el contenido sustancial era el mismo. Pérez dejó olvidado su programa de gobierno, expresó una salida populista a la crisis, en parte a través de la invocación de los logros de su primer período, y lo orientó básicamente hacia el pragmatismo político, obviamente considerado una virtud en un estadista de la talla de "El presidente". Entre mantener la reminiscencia de su primer gobierno cual ilusión y la admisión de la necesidad de atar su futura acción de gobierno a las reorientaciones promovidas por el FMI y poderosos segmentos del sector privado local, optó por lo primero.

Por el contrario, Fernández divulgó también en su discurso oral una salida de la crisis de corte neoliberal. Al tiempo que se presentó como hombre del pueblo "que pasaba noches en barrios populares y visitaba escuelas, centros asistenciales, campos deportivos..." ubicados en los diversos barrios y zonas marginales de Caracas y del resto del país (Sonntag, 1989, p. 22), expresó públicamente concepciones muy cercanas, aunque bastante desarticuladas entre sí, al neoliberalismo, sin percatarse de la contradicción que esto representaba (aumentando aún más la confusión que rodeaba su campaña). De esta manera, se mantenía en el marco de referencia de su programa de gobierno.²⁷

Por último, quisiéramos llamar la atención sobre dos cuestiones más. La primera es que el discurso oral del candidato depende mucho del auditorio o sujeto al cual va dirigido (o al que quiere constituir al interpelarlo, en palabras de Laclau). Mientras más específico sea, más preciso será el discurso. La segunda cuestión se refiere a que el vínculo entre el elector y el candidato se da, y se ha dado siempre, por su identificación con la imagen que el candidato expresa a lo largo de la campaña electoral, independientemente de la manera en que tal imagen haya ido creándose. Ello refuerza la afirmación de que los electores votan para elegir a sus representantes y por ende decisores, no por el carácter o el contenido de las decisiones, lo cual remite una vez más al carácter personalista inherente a los principios de la democracia representativa. Estos priorizan, desde los inicios de la moderna teoría de la democracia, a los ciudadanos individuales más allá de los contenidos de las políticas que representan y de las

²⁷ Tradicionalmente, los socialcristianos, al menos en el caso venezolano, son más fieles a sus declaraciones programáticas que sus contrincantes. Además, la ofensiva ideológico-política del neoliberalismo encuentra en la ideología original socialcristiana menos resistencia sustancial que en la socialdemócrata.

decisiones que toman (e incluso las que han tomado en el pasado). También esto forma parte del rito democrático.

La imagen que transmitió Pérez fue la de un hombre que contaba con las mejores condiciones, la mayor capacidad y la experiencia para resolver los principales problemas del país. Por su parte, Fernández no logró transmitir una imagen tan clara y apareció como un candidato que había perdido el rumbo, con tácticas y estrategias incoherentes, no sólo en su campaña, sino también las que instrumentaría para la solución de los problemas del país. Además, el candidato de COPEI ocupó mucho de su tiempo de campaña intentando de diferenciarse del gobierno Herrera Campins y separarse de la imagen de "delfín" de Rafael Caldera. Ello se tradujo en una pérdida de tiempo que luego necesitó para recuperar la confianza de amplios sectores de la población respecto a COPEI. Todo lo anterior contribuyó a que no pudiese desarrollar, con la fuerza necesaria, una candidatura que promocionaba el tan anhelado "cambio".²⁸ Si a lo anterior le agregamos los resultados de las encuestas que periódicamente se publicaban y que en su mayoría declaraban triunfador al candidato de AD, la candidatura de Fernández lucía bastante débil. En definitiva, los electores votan generalmente por la opción del candidato que se presente como líder con capacidad de dirigencia y coordinación de un equipo de gobierno, y dadas las querellas permanentes en su comando de campaña esa no fue la imagen que proyectó Fernández. Por su parte, Pérez, desde los inicios del proceso electoral y pese a las luchas en su partido sí logró este objetivo.

4. LOS RESULTADOS

La votación se realiza con elecciones simultáneas para presidente de la república (mediante la "tarjeta grande") y para representantes en el Congreso (con la "tarjeta pequeña").

En el diseño gráfico de lo que se llama popular y tradicionalmente el "tarjetón", se encuentran dibujados, en la grande, la imagen del candidato y el color y las siglas de su partido político; y en la pequeña sólo su color y las siglas. Los símbolos de los diferentes candidatos se distribuyen básicamente al azar, salvo los de las tres agrupaciones políticas más grandes (AD, COPEI y el MAS) que tienen un lugar permanente.

En términos generales, los grandes partidos refuerzan la idea de que el modo de votar es en primer lugar por el candidato y luego por el partido, pero que, como el que gobierna pertenece a un partido, ambos votos

²⁸ Valga recordar que el lema del "cambio" fue precisamente el que se utilizó en la campaña electoral de 1968, en la que resultó ganador Rafael Calderón, aunque con una mínima diferencia de votos (alrededor de 30 000, o sea, más o menos el 1%) frente a su adversario acciondemocratista Gonzalo Barrios.

deberían ser para el mismo, lo cual se subraya constantemente a través de múltiples mecanismos durante el proceso electoral. Si el voto no se realiza de esta manera, ocurre lo que se llama en la sociología electoral venezolana el voto cruzado, es decir, el voto es para presidente de la república por el candidato de un partido y el "pequeño" para los representantes de otro partido en el Congreso y demás cuerpos legislativos.²⁹ Lo que se busca con ello es conseguir que la composición del poder legislativo, especialmente a nivel nacional, sea diferente a la del o los partidos cuyo candidato resulta electo presidente de la república, obviamente con el objetivo de que el poder legislativo controle al poder ejecutivo. Sin embargo, como esta forma de votar presupone una cultura política relativamente elevada del ciudadano individual, no es muy frecuente y nunca sobrepasa el 10% del total de los votos.

En el caso que nos ocupa, los resultados electorales no causaron mayor sorpresa y fueron reconocidos a pocas horas de finalizada la votación, resultando electo presidente de la república Carlos Andrés Pérez con el 52.91% y AD el 43.26% de los votos. Pérez le llevó una ventaja del 12.49% a Eduardo Fernández, su contendiente más cercano, quien obtuvo el 40.42%, y AD una ventaja algo similar a COPEI (de 12.14%, ya que COPEI recibió el 31.12% de los votos), como puede observarse en el cuadro 2.

CUADRO 2

RESULTADOS GLOBALES. ELECCIONES 1988

| Candidato | Tarjetas grandes | | Partido | Tarjetas pequeñas | |
|---------------------|------------------|-------|---------|-------------------|-------|
| | Votos | % | | Votos | % |
| Carlos Andrés Perés | 3 879 024 | 52.91 | AD | 3 123 790 | 43.26 |
| Eduardo Fernández | 2 963 015 | 40.42 | COPEI | 2 247 236 | 31.12 |
| Teodoro Petkoff | 200 479 | 2.73 | MAS-MIR | 733 421 | 10.16 |
| Otros | 288 859 | 3.94 | NGD | 236 833 | 3.28 |
| | | | LCR | 117 562 | 1.63 |
| | | | MEP | 116 621 | 1.62 |
| | | | URD | 103 883 | 1.44 |
| | | | FOR. 1 | 93 228 | 1.29 |
| | | | ORA | 92 117 | 1.28 |
| | | | OTROS | 355 912 | 4.92 |

FUENTE: Lazcano, José A., "Los números electorales", en *Revista SIC*, núm. 511.

²⁹ Desde la implantación de ciertas reformas de las estructuras políticas municipales en 1979, son solamente las asambleas legislativas de los estados federales habiendo sido anteriormente también los concejos municipales.

Es interesante y relevante acotar que el CSE computa los resultados electorales sobre el total de los votos emitidos válidos, y no sobre el universo de los electores inscritos. Si analizamos los datos anteriores bajo esta seguridad óptica, como puede verse en el cuadro 3, las diferencias entre Pérez y Fernández y entre AD y COPEI son más pequeñas y se reducen a aproximadamente 9%.

CUADRO 3

DIFERENCIA ENTRE LOS VOTOS DE ELECTORES INSCRITOS Y LOS VOTOS VALIDOS EMITIDOS, 1988

| | % de votos emitidos | % de votos electores inscritos |
|-----------|---------------------|--------------------------------|
| Pérez | 52.91 | 42.22 |
| Fernández | 40.42 | 32.26 |
| AD | 43.26 | 34.52 |
| COPEI | 31.12 | 24.83 |

FUENTE: Lazcano, José A., "Los números electorales", en *Revista SIC*, núm. 511.

En general, el electorado privilegia el voto para la elección de presidente en detrimento del voto para los representantes en los cuerpos legislativos. Pérez y Fernández concentraron el 93.33% de los votos válidos emitidos y el 74.8% de electores inscritos. Esta tendencia al bipartidismo o polarización electoral alrededor de los candidatos de los dos grandes partidos políticos se viene observando desde las elecciones de 1973, en las cuales AD y COPEI en conjunto obtuvieron el 80.51% de los votos (véase cuadro 4).

CUADRO 4

PORCENTAJE DE VOTOS PARA AD-COPEI Y OTROS PARTIDOS VENEZUELA, 1958-1988

| | %votos grandes | | %votos pequeños | |
|------|----------------|-------|-----------------|-------|
| | AD-COPEI | Otros | AD-COPEI | Otros |
| 1958 | 64.35 | 35.65 | 64.65 | 35.35 |
| 1963 | 53.00 | 47.00 | 53.53 | 46.47 |
| 1968 | 56.14 | 43.86 | 49.58 | 50.42 |
| 1973 | 80.51 | 19.49 | 71.86 | 28.14 |
| 1978 | 88.58 | 11.42 | 79.42 | 20.58 |
| 1983 | 91.42 | 8.58 | 78.56 | 21.44 |
| 1988 | 93.33 | 6.67 | 74.38 | 26.62 |

FUENTE: Hasta 1978, Silva Michelena, J. A. Sonntag, 1979. Para los años siguientes los cálculos son propios.

La tendencia al bipartidismo para las elecciones a la presidencia de la república tiende a crecer permanentemente desde 1973, mostrando un salto espectacular entre 1968 y 1973 y dejando un espacio sumamente reducido para otras opciones presidenciales.³⁰ El fenómeno se refuerza con lo que se denomina la "economía del voto", es decir, el elector vota por el candidato que tenga más probabilidades de ganar sin tomar en cuenta las líneas programáticas que sustentan la ideología y las prácticas de candidatos y partidos políticos.

Por el contrario, desde 1973 las cifras de los votos para elegir a los representantes al poder legislativo, tienden a concentrarse en una escala mucho menor en AD y COPEI, aumentándose ligeramente entre 1983 y 1988 la representación de otros partidos y movimientos. La correlación de fuerzas en los períodos anteriores favorecía a AD y COPEI, incluso en 1968 cuando quedaron en minoría por la proliferación de partidos de diferente signo político-ideológico. En 1983, la mayoría absoluta le pertenecía a AD, lo que permitió a Lusinchi gobernar con relativa facilidad.³¹

En el actual período, las cosas han cambiado. En la Cámara de Diputados, AD tiene 97 representantes, COPEI 67, el MAS 18, Nueva Generación Democrática seis, La Causa R tres, ORA (un movimiento evangelista) dos, y el Movimiento Electoral del Pueblo, URD, Fórmula 1, Opina y el PCV tienen uno cada uno. Lo anterior hace que actualmente la correlación de fuerzas en el Congreso sea flexible y dinámica, anunciando el inicio de un cambio en cuanto a la distribución de poderes y al fortalecimiento de la representación de las minorías, a pesar de que AD y COPEI siguen concentrando la mayoría relativa de los votos. En el Senado, cada estado tiene dos representantes, AD dispone adicionalmente de un senador vitalicio (Lusinchi) y COPEI dos (Caldera y Herrera Campins), con lo cual, cuentan con 23 y 22 senadores, respectivamente. El MAS tiene tres senadores y Nueva Generación Democrática uno. Debido a que ahora las votaciones en el Congreso son más complejas, tanto AD como COPEI deben buscar el apoyo de las minorías para sus iniciativas de legislación y control del poder ejecutivo.

³⁰ Pensamos que la idea de que dicha polarización en el voto "grande" guarda estrecha relación con la "modernización" política del país, no es una mera hipótesis, esto es, por un lado, la tendencia a la "norteamericanización" de las campañas electorales, a la que son inherentes la personalización (o exaltación) individualista del candidato presidencial y la subsiguiente fijación del elector en él; y, por el otro, la inclinación del electorado a percibir al sistema político como una suerte de "mercado" en el que se trata de "comprar" el mejor "producto" que es el que maneja una mejor publicidad.

³¹ Dada la disciplina partidista en el comportamiento de los representantes del poder legislativo, ningún presidente tenía que temer hasta ahora la pérdida de su mayoría absoluta o un fraccionamiento de los votos de los miembros de su partido. Esto ha sido señalado muchas veces como un serio defecto de la democracia venezolana y constituye ciertamente una ilustración del "centralismo democrático" (en el sentido leninista) que caracteriza a nuestros dos grandes partidos.

La tendencia al bipartidismo en los votos para presidente es contradictoria y resulta incoherente con la proliferación del número de organizaciones políticas que postularon candidatos. Mientras más fragmentado esté el espectro político electoral, más cerrado será el bipartidismo, lo cual es evidente en las elecciones que comentamos en el presente artículo.

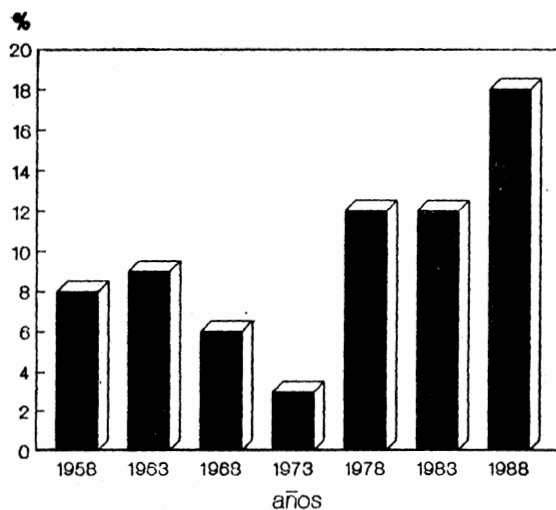
Por lo que toca al mantenimiento de la hegemonía de AD y COPEI en el Congreso, la explicación es que, ante la ausencia real de una alternativa diferente a la democrático-representativa, los electores votan por AD o por COPEI, sea para reforzar estas alternativas o para no perder sus votos. Además, AD y COPEI presentan propuestas electorales similares, incluso frente a otros partidos y movimientos, y el elector se pregunta para qué auspiciar otras parecidas. De allí que no se apoye a otras organizaciones políticas e incluso se desestimule cualquier otra opción, hasta el punto de marginarlos del espectro político electoral.

Hasta las elecciones de 1988, la abstención electoral fue básicamente coyuntural y dependía de la situación en la que se encontraba el país en el momento del proceso electoral. Puesto que en Venezuela el acto de votar es obligatorio, para reforzar por vía legal su carácter de rito, las cifras de abstención fueron tradicionalmente de las más bajas del mundo.

Sin embargo, en 1988 el aumento de la abstención fue notable, llegando a ser la más alta desde 1958 (gráfica 1). El aumento fue de 12.64% en

GRÁFICA 1

LA ABSTENCIÓN ELECTORAL
Venezuela, 1958-1988



FUENTE: Lazcano, José A., "Los números electorales",
Revista SIC, núm. 511.

1983 a 18.5%. Si a esto se suman los votos nulos, crece al 20.2%, y en el cálculo de la abstención sobre el universo de electores llega al 25.29%. Es decir, uno de cada cuatro electores no acudió a votar, votó nulo o, lo que es lo mismo, uno de cada cuatro electores ejerció su derecho a expresarse no expresándose.

Como veremos brevemente más adelante, el aumento del abstencionismo es la expresión del rechazo al sistema de partidos, así como de un desacuerdo con la forma en que se ha venido gobernando durante la democracia. Pero más allá de estas apreciaciones, es menester señalar que la alta tasa de abstención marca el inicio del agotamiento del rito. En efecto, la eficiencia de éste depende de una participación masiva. En el momento en que un número significativo de los que comparten la creencia que reafirma el rito no concurren a él, se demuestra que ésta se está minando. Lo ocurrido un año más tarde lo confirma en forma dramática.

5. EL AÑO SIGUIENTE: CONSIDERACIONES FINALES

Básicamente son dos los acontecimientos posteriores que deben mencionarse en el contexto de un análisis de las elecciones de 1988 en Venezuela.

El primero es, en América Latina y el Caribe, casi una referencia obligatoria para científicos sociales, políticos de deferente procedencia y pertenencia ideológica y hasta representantes de organismos internacionales como el Banco Mundial y el FMI, en la discusión sobre el futuro de la región y las políticas de "ajuste". Se trata de un hecho social altamente significativo, que ha sido denominado "El caracazo" y que, para los venezolanos, se identifica con la fecha en que ocurrió: "El 27 de febrero".

Carlos Andrés Pérez asumió la presidencia el 3 de febrero de 1989, en un ceremonial que fue calificado irónicamente por muchos observadores como "La coronación" debido a su fastuosidad. El 16 del mismo mes, Pérez informó al país de las líneas fundamentales de su acción gubernamental futura y de la "Carta de Intenciones" que se había firmado con el FMI, la cual especificaba las políticas de "ajuste" que se aplicarían, entre ellas el aumento del precio interno de la gasolina. Este entró en vigencia el 26 de febrero, con el resultado que los propietarios privados de los medios de transporte colectivo incrementaron los precios de los pasajes en forma exorbitante el 27 de ese mes.³² Las primeras manifestaciones madrugadoras de protesta en ciudades-dormitorio de Caracas empezaron pronto a expandirse hacia la capital y a la mayoría de las ciudades del interior, desembocando rápidamente en saqueos de tiendas y negocios (estimulados por el descubrimiento de algunos manifestantes de grandes cantidades de artículos de pri-

³² El aumento en el precio del combustible no llegaba al 40%, y el gobierno anunció ese domingo (26) que había "concertado" con los transportistas un aumento del orden del 30% en los pasajes. Sin embargo, éstos amanecieron el 27 con incrementos hasta del 150% y 200%.

mera necesidad acaparadas). Fue una acción anárquica e individualista (como lo son las del mercado), sin que ninguna organización política pudiera “manejar” ni “controlar” nada. Los medios de comunicación audiovisuales contribuyeron, mediante información ágil y permanente, a la propagación de la protesta. La situación continuó el día siguiente, hasta que, en horas de la tarde, el presidente decretó la suspensión de garantías constitucionales y el toque de queda. A partir de la noche de ese mismo día, Caracas y muchas otras ciudades del país vivieron durante una semana bajo el acoso de los militares.³³

Este estallido espontáneo de protesta popular al parecer tomó a los políticos, incluyendo al propio Pérez, por sorpresa. Muchas habían sido las advertencias de analistas y políticos de lo que alguna vez se llamara “la izquierda”, en torno al potencial de frustración y de protesta que se había venido acumulando durante largos años. Por otra parte, la abstención electoral de diciembre de 1988 había sido otra llamada de atención. Sin embargo, se intentó imponer una política con graves consecuencias sociales para las grandes mayorías, sin ningún tipo de “preparación psicológica”. El resquebrajamiento inicial del rito democrático pocos meses atrás se transformó entonces en una protesta silenciosa, al menos a nivel verbal, aunque no de las acciones, de tipo individualista. En adelante, la posibilidad de un nuevo “27 de febrero” estaría presente en la conciencia colectiva; basta con observar cómo ha cambiado el “clima” de convivencia urbana de Caracas, donde es notable el aumento de la agresividad cotidiana.

El segundo hecho se refiere a las elecciones del 3 de diciembre de 1989, en las que los venezolanos tuvieron la posibilidad de participar en un novedoso sistema electoral que permitió escoger a los gobernadores de los estados, alcaldes de los municipios autónomos y miembros de los concejos municipales por votación popular directa.³⁴ Como ya lo mencionamos, en junio de 1979 se realizaron por primera vez las elecciones municipales separadas de las elecciones nacionales. Ahora, se le agregaban las de gobernadores y alcaldes.

Aunque este tipo de elección estaba contemplado en la Constitución de 1961, fue sólo a partir de las discusiones en torno a la reforma del Estado que se presionó para avanzar hacia la descentralización administrativa y la desconcentración del poder político alrededor de la idea del fortalecimiento de la sociedad civil: con estas elecciones, su viabilidad jurídico-política se hizo efectiva. Ello reflejó las recientes preocupaciones surgidas en torno a la democracia venezolana, dada la creciente desconfianza, inconformidad y malestar que manifiestan las grandes mayorías hacia los partidos y sus prácticas, lo que ha derivado en una profunda “crisis de representatividad”.

³³ El gobierno anunció, al levantar el toque de queda a la semana de haber sido decretado, primero que hubo 272, después que 320, después que 372 muertos. Estimaciones oficiosas (entre ellas las de los funcionarios de la “morgue” de Caracas) hablan de entre 1 500 y 2 500 víctimas fatales sólo en la capital.

³⁴ Fue ésta la única reforma de las propuestas por la CORE, aprobada por el Congreso de la República.

Una rápida evaluación de las relaciones entre el Estado y la sociedad civil daría como resultado, ya para el quinquenio de Lusinchi, la posibilidad real de un deterioro de la credibilidad en la democracia representativa. La tendencia de centralización en el ejercicio del poder político, entre otras cosas, dio lugar a una situación propicia para la emergencia de tensiones que, de no resolverse de alguna manera, crearían una verdadera crisis de la democracia.

Por tal razón y con la esperanza de amortiguar la tensa situación político-social del país, se aprobó la realización de elecciones directas que contemplaban la nominalidad del voto. Con ello se buscaba, básicamente y a título de ensayo, el establecimiento de una relación directa entre elector y elegido.

Para las elecciones de gobernadores, alcaldes y concejales se registraron 9.2 millones de electores, de los cuales dos tercios se concentraron en las regiones central y occidental, hecho de gran importancia, ya que las organizaciones políticas trataron de ganar en los estados con mayor relevancia económica, política, social, cultural y sindical. Se eligieron 20 gobernadores 269 alcaldes y 1 963 concejales, a través de 53 organizaciones políticas, entre partidos y grupos de electores con representatividad regional y nacional.

Si los comparamos con los resultados obtenidos en las elecciones presidenciales y legislativas de 1988, lo ocurrido en estas elecciones marca una profundización en el resquebrajamiento en las expectativas y costumbres electorales de los venezolanos. En un solo año se modificó el mapa político: el partido de gobierno sufrió un descalabro electoral, y la abstención se situó en un promedio nacional del 55%, reforzando una de las tendencias más graves (y al mismo tiempo más interesantes) del sistema político.

Las alianzas opositoras del gobierno fueron el hecho típico, ya que se establecieron con un carácter pragmático, es decir, la obtención del voto de oposición. Se estructuraron con miras a desbloquear las diferencias derivadas de campos ideológicos disímiles y hasta contradictorios. Con sólo la participación de un 45% de la población electoral, la oposición ganó nueve gobernaturas pertenecientes a los estados de mayor importancia electoral. COPEI más alianzas ganó en siete entidades, el MAS en alianza con organizaciones diferentes a COPEI en una sola entidad, y La Causa R obtuvo la gobernatura del estado Bolívar (cuadro 5).

Otro elemento significativo fue la tendencia del crecimiento electoral de partidos como el MAS y La Causa R, así como una recuperación de COPEI con respecto a las elecciones nacionales anteriores. Ello podría expresar una naciente ruptura del bipartidismo en la Venezuela democrática. Estas elecciones también mostraron la consolidación de bastiones regionales de partidos minoritarios, haciendo posible que el voto nominal de las minorías regionales permitiera el acceso a las gobernaturas, alcaldías y concejos municipales. La polarización decreció levemente: de las 20 gobernaturas, 17 quedaron en manos de los dos partidos mayoritarios, a su vez estos mismos obtuvieron el 93% de las alcaldías, y el 85% de los concejales (Carrasquero/Welsch, 1989).

CUADRO 5

ELECCIONES DE GOBERNADORES, ALCALDES Y CONCEJALES
VENEZUELA, 1989

| <i>Partido político</i> | <i>Gobernadores</i> | <i>Alcaldes</i> | <i>Concejales</i> |
|-------------------------|---------------------|-----------------|-------------------|
| AD | 11 | 149 | 903 |
| COPEI | 6 | 99 | 772 |
| OTROS | 3 | 21 | 288 |

FUENTE: Carrasquero, J. V. y Friedrich Welsch, "Las elecciones regionales y municipales de 1989".

Otro resultado sorpresivo fue el que se presentó con la nominalidad (se podía votar por partidos políticos o nominalmente). Según datos de Carrasquero y Welsch (1989), los concejales elegidos por lista, es decir, por partido político, fueron 1 482 y los elegidos nominalmente 481, distribuidos de la siguiente forma: AD obtuvo 295 concejales, COPEI 144 y otros 42.

Es significativo que el dominio monopartidista no se diera en las elecciones regionales y locales de 1989. Se presentó más bien una situación similar a la de las elecciones para representantes a los cuerpos legislativos. Ello conduce a la necesidad de buscar pactos con sectores de la oposición respectiva para construir correlaciones de fuerzas, y flexibilizar el comportamiento político en general.

Como tendencias más importantes cabe pues, destacar las siguientes: 1) el reforzamiento de la tendencia a la abstención (cuadro 6); 2) la necesidad de la estructuración de alianzas de oposición al partido de gobierno con un carácter pragmático-táctico para la obtención del voto de oposición, y 3) el fortalecimiento de los liderazgos regionales, con la simultánea consolidación de organizaciones minoritarias que favorezcan las estrategias de poder local y regional, y la tendencia hacia la ruptura del bipartidismo.

CUADRO 6

ABSTENCIÓN EN LAS ELECCIONES LOCALES

| <i>Años</i> | <i>%</i> |
|-------------|----------|
| 1979 | 30 |
| 1983 | 47 |
| 1989 | 55 |

FUENTE: Datos del CSE.

En cierta medida, los resultados electorales de diciembre de 1989 son sólo una continuación de la protesta silenciosa expresada en los hechos del 27 de febrero. En efecto, cuando la COPRE indagó acerca de las motivaciones de los electores para abstenerse, más del 80% de los entrevistados censuraron a los gobiernos democráticos por haber malgastado el dinero y actuado en beneficio de grupos locales poderosos, amén de que el 49% de los que se abstuvieron aducía razones políticas y el 34.5% "motivacionales", es decir, que se sentían insuficientemente motivados para votar (*El Nacional*, 6 de agosto de 1990, p. A-4). Seguramente hubo quienes no concurrieron al nuevo intento de mantener el rito por la aplicación de las medidas de "ajuste". Si bien ya existían tendencias al cuestionamiento del sistema político venezolano, el acelerado deterioro de las condiciones de vida de los sectores medios y de las clases populares profundizó aún más la inconformidad y el malestar social y económico contribuyendo a la disidencia electoral.

El descontento social se expresa entonces en la protesta silenciosa del 27 de febrero, en los resultados de las elecciones de diciembre de 1989 y especialmente en los niveles de abstención. Si bien hubo una serie de explicaciones de esto último (falta de información para el electorado, la percepción de éste que las elecciones nacionales son las únicas que importan, etcétera), no se puede pasar por alto el hecho que se inscribe en una tendencia que parece ser de más largo alcance. El rito democrático parece estar en vías de agotarse, y la protesta silenciosa crece. ¿Estará Venezuela en el camino inverso a las "democracias de la crisis", es decir, en el de la involución del sistema democrático, de la disolución de la imbricación entre el orden político y el económico-social?

Si así fuera, ¿sería Venezuela una vez más el espejo en el que deberían mirarse las sociedades de América Latina y el Caribe para reconocer su futuro?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Betancourt, Rómulo, *Venezuela: Política y petróleo*, (Ed. Senderos), Bogotá, 1969.
- Carrasquero, José Vicente y Friedrich Welsch, "Las elecciones regionales y municipales de 1989 en Venezuela", en *Cuadernos del CENDES*, núm. 12, (septiembre-diciembre), Caracas, 1989.
- Carvalho, Gastón y Josefina Ríos de Hernández, "Dominación burguesa y democracia representativa en Venezuela. Apuntes para la evaluación de su funcionamiento", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLIII, vol. XLIII, núm. 2 (abril-junio), México, 1981.

- COPEI, *El poder para el pueblo (Plataforma programática 1989-1984)*, septiembre, Caracas, 1988.
- España, Luis Pedro y Jesús Civit, *Tendencias latentes del voto por estratos en Venezuela. Un estudio de preferencias electorales partidistas de los grupos socio-económicos del país para 1988*, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, Universidad Católica Andrés Bello, Serie sociopolítica núm. 2, Caracas, 1989.
- España, Luis Pedro, "El futuro político de las minorías partidistas", en *Revista Sic*, núm. 511 (enero-febrero), Caracas, 1989, pp. 13-15.
- Gómez, Luis, "La vitrina rota: interrogantes sobre la democracia venezolana", ponencia al *XV Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA)*, Miami, 4 al 6 de diciembre, 1989.
- Kornblith, Miriam, "Deuda y democracia en Venezuela: los sucesos del 27 y 28 de febrero", en *Cuadernos del CENDES*, núm. 10, Caracas, 1989, (enero-abril), pp. 17-34.
- Lazcano, José, "Los números electorales", en *Revista Sic*, núm. 511, enero-febrero, Caracas, 1989, pp. 4-7.
- Lechner, Norbert, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden social deseado*, Madrid Siglo XXI, España, 1986.
- Linares, Leopoldo, "¿Vale la pena votar en diciembre?", en *Revista Sic*, núm. 509, noviembre, Caracas, 1988, pp. 388-390.
- Pérez, Carlos Andrés, *Acción de gobierno para una Venezuela moderna*, (C.A. Editoria "El Nacional"), Caracas, 1988.
- SELA, *Las consecuencias sociales y políticas del endeudamiento externo de América Latina y el Caribe*, (Secretaría Permanente-mimeo-Doc. SP/CL/XIV.O/Di/núm. 4), Caracas, 1988.
- Silva Michelena, José Agustín, *Crisis de la democracia*, (Ed. de la Biblioteca de la UCV/CENDES), Caracas, 1971.
- Silva Michelena, José A. y Heinz R. Sonntag, *El proceso electoral de 1978. Su perspectiva histórico-estructural*, (Ed. Ateneo de Caracas), Caracas, 1979.
- Sonntag, Heinz R. y Rafael de la Cruz, "Estado e industrialización en Venezuela", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLIII, vol. XLIII, núm. 2 (abril-junio), México, 1981.
- Sonntag, Heinz R., "En torno al Estado Productor: El caso de Venezuela", *Pensamiento Iberoamericano*, núm. 5 (enero-junio), 1984a.
- Sonntag, Heinz R., "Estado y desarrollo sociopolítico en Venezuela", *Cuadernos del CENDES*, núm. 4 (septiembre-diciembre), 1984b.
- Sonntag, Heinz R., "Venezuela: la vuelta de Carlos Andrés Pérez", *Nueva Sociedad*, núm. 99 (enero-febrero), Caracas, 1989, pp. 18-23.
- Sosa, Arturo, "Planchitis y voto cruzado", *Revista Sic*, núm. 508 (septiembre-octubre), Caracas, 1988a, pp. 340-341.
- Sosa, Arturo, "No cambiemos votos por barajitas", en *Revista Sic*, núm. 509, noviembre, Caracas, 1988b, pp. 391-393.

- Sosa, Arturo, "Las elecciones de 1988", *Revista Sic*, núm. 511 (enero-febrero), Caracas, 1989, pp. 8-12.
- Virtuoso, José, "Los caraqueños frente a las próximas elecciones", *Revista Sic*, núm. 508 (septiembre-octubre), Caracas, 1988, pp. 342-344.
- Virtuoso, José, "¿Reformas para quién?", *Revista Sic*, núm. 505, mayo, Caracas, 1988, pp. 218-225.